

DOSSIER SIMONE WEIL

Simone Weil y la guerra

FERRAN ALMOR

La corta vida de Simone Weil estuvo marcada por la guerra. Nacida poco antes del estallido de la 1ª Guerra Mundial (1909), participó, aunque brevemente, en la Guerra Civil Española (1936) y murió antes de finalizar la 2ª Guerra Mundial (1943). Un tercio de su vida se desarrolló con el telón de fondo de un gran conflicto bélico que la implicaba personalmente. Tal vez demasiada guerra para alguien tan peculiar como Simone, brillante y contradictoria, capaz de mostrar una lucidez espeluznante a la hora de analizar realidades sociales y evidenciar las contradicciones internas de los pensamientos políticos más radicales y, a la vez, de tomar decisiones (a menudo y afortunadamente, frustradas) que pueden llegar a ser catalogadas como insensateces y que, a la postre, determinaron su final.

Este artículo pretende, modestamente, repasar las situaciones más determinantes de su vida y la influencia de la guerra en ellas, a través de tres escritos fundamentales: las *Reflexiones sobre la guerra*, de 1934, el *Diario de la Guerra de España*, de 1936, y la *Carta a Bernanos*, de 1938.

El primer contacto de Simone Weil con la guerra se produce cuando apenas ha cumplido 5 años. Su padre, médico de renombre, movilizado al estallar la guerra como médico militar, recorre diferentes regiones de Francia situadas en el frente de batalla. Su familia le acompaña, incluida la pequeña Simone. Sin duda, su aguda inteligencia y su fina sensibilidad no pasaron por alto las crueldades y el sufrimiento, producto de la acción bélica, que padecían quienes pasaban por las manos de su padre. Simone, junto con su hermano, decidió renunciar a sus chocolatinas y dulces para que fueran enviados a los soldados heridos. Por primera vez muestra una de las constantes que definirán su carácter: la empatía, la preocupación por el sufrimiento y las desgracias de los otros. También, de manera terrible, se inicia su relación con las privación de los alimentos, que a la postre la llevarán a la muerte. Esta experiencia va a marcar su vida, como ella misma declarará: "...desde 1914 la guerra no se ha apartado nunca de mi pensamiento".

Simone fue una buena estudiante, incluso brillante. Fue una de las primeras mujeres en obtener el grado de Filosofía y consiguió la mejor nota en Filosofía y Lógica entre sus compañeros de promoción. Desde muy joven se interesó por las ideas de izquierdas y por la situación de los más desfavorecidos, lo que la acercó, de manera preferente, a los movimientos sindicales más que a los políticos. En la Universidad destacó por sus opiniones radicales y su exigente moral, lo que a menudo no le granjeó simpatías. Se cuenta que en cierta ocasión, Simone de Beauvoir, intrigada por su

reputación, se acercó a ella para debatir sobre una opinión de Simone Weil al respecto de una gran hambruna que asolaba China. En mitad del debate, Weil le espetó: "¡Cómo se nota que Ud. nunca ha pasado hambre!"

Si bien la frase es certera, hay que reconocer que, igualmente, podría aplicarse, por razones obvias de origen social, a la misma Weil, lo que no debió de granjearle precisamente las simpatías de Beauvoir. Sin embargo, la anécdota pone de manifiesto otra de sus características, el interés, la obsesión mejor, por identificarse con los desvalidos, con los que sufren. Como ejemplo de su compromiso social merecen citarse otros datos: entre 1929 y 1931 dedicó sus vacaciones de verano a trabajos agrícolas en la recolección de la fruta y a acompañar a los pescadores de Réville, en el Canal de la Mancha, donde pasaba las vacaciones con sus padres, para conocer su miseria y sus duras condiciones de vida. Uno de estos pescadores relataba:

Una noche pasé miedo. En plena tempestad, ella no se quiso atar, y dijo " Marcel, siempre he cumplido con mi deber y estoy preparada para morir".

Quizás este comportamiento no fuera comprendido por los pescadores, obligados a desafiar los peligros del mar por necesidad y no por coherencia moral, pero es un claro ejemplo de su determinación a vivir, en cuerpo y alma, las condiciones más extremas que padecen las clases trabajadoras y que, más adelante, la llevó a trabajar en fábricas como una obrera más.

Obtuvo plaza como profesora en 1931 y trabajó en los institutos de Auxerre y Roanne, donde además desarrolló una intensa actividad sindical y política de apoyo a los trabajadores, que le valieron, a menudo, la incompreensión y el enfrentamiento con sus colegas, con las autoridades académicas y con la sociedad bienestante de la que ella misma procedía. Su férrea moral y su necesidad constante de identificarse, de fundirse, con la clase trabajadora la llevaron a actitudes exageradas. Así, donaba su salario a la caja de resistencia del sindicato y se reservaba para vivir 5 francos diarios, que era la cantidad que recibía como subsidio un parado. Se negaba a encender la estufa en invierno porque creía que los parados no podían calentarse, aunque ello en nada les fuera de ayuda.

Atenta siempre a la realidad, en el verano de 1932 viajó a Alemania y se instaló en casa de una familia obrera que la acogió. Dando muestras de su aguda inteligencia, anticipó, contra la opinión de la mayoría de los pensadores de izquierdas de ese momento, la victoria de Hitler en las elecciones y el rumbo que seguiría Alemania a partir de entonces. Estrechamente relacionada con los círculos de la extrema izquierda, en la Navidad de 1933 acogió en casa de su familia al mismo Trotsky, con quien debatió ásperamente hasta que este, enfurecido, abandonó la casa tildándola de pequeño-burguesa y reaccionaria.

Pero si alguna cosa define a Simone Weil en esta época es su posición inequívocamente pacifista. Precisamente, en 1933 publicó en la revista *La critique sociale* sus "Reflexiones sobre la guerra", texto fundamental de su pensamiento político. El texto plantea una serie de cuestiones que, especialmente en ese momento, resultan vitales: el miedo a una nueva guerra, que se va extendiendo por Europa, la anticipación de lo que será la estrategia de los Frentes Populares, el recurso al "mito" de la Guerra Revolucionaria como justificación para la violencia. Haciendo un uso impecable del materialismo marxista demuestra que la guerra, cualquier guerra, incluida por supuesto la guerra revolucionaria, no es sino una forma de opresión, desenmascarando el mito de guerra revolucionaria originado durante la Revolución de 1792. Cita atinadamente a sus protagonistas, como Saint-Just:

Hay unos que están en las batallas y las ganan, y otros que son poderosos y se aprovechan de ello.

o al mismo Robespierre, en dos ocasiones:

...no se ofrece la libertad a punta de bayoneta.

La guerra es buena para los oficiales militares, para los ambiciosos, para los *agiotistas*... para el poder ejecutivo... Esta situación dispensa de cualquier otra preocupación, se es libre de toda deuda con el pueblo cuando se da la guerra.

Simone critica que se juzgue la opción de la guerra por los fines y los objetivos perseguidos sin tener en cuenta el carácter violento de los medios y los procedimientos empleados. Considera un error plantearse la guerra como un asunto de política exterior cuando, a su parecer, constituye el más atroz hecho político interior: "la matanza es la forma más radical de opresión; y los soldados no se exponen a la muerte, sino que son enviados a una matanza".

Analiza, asimismo, la revolución rusa y denuncia el uso que de la guerra ha hecho el sistema soviético, al tiempo que señala también la propaganda belicista y pseudorevolucionaria del nazismo. Sus conclusiones son demoledoras:

La guerra revolucionaria es la tumba de la revolución y lo seguirá siendo mientras no dé a los propios soldados, o más bien a los ciudadanos armados, el medio de hacer la guerra sin aparato dirigente, sin presión policial, sin jurisdicción de excepción, sin penas a los desertores.

Naturalmente, no es ingenua, y sabe que eso es prácticamente inviable, pero fiel a su rígida moral y a sus ideas, muy próximas al anarquismo, cree que la única posición aceptable es no someterse al aparato del Estado, sea cual sea la forma de este, para enfrentarse a los semejantes. Simone Weil tendrá oportunidad de poner en práctica sus

teorías en la Guerra Civil Española, pero antes pasará por algunas situaciones que irán determinando su vida. Había visitado España por primera vez en agosto de 1933. Según George Bataille, acompañada por un militante trotskista, A. Patrie, llegó a Barcelona. Allí frecuentó los ambientes anarquistas y visitó el mítico café La Criolla, donde se reunían los más importantes personajes de la izquierda radical. En 1934 repetirá la visita a Barcelona y en esta ocasión conocerá a Joaquín Maurín (probablemente por mediación de Boris Souvarine, de quien era cuñado). Estas visitas sin duda influyeron decisivamente en la posterior decisión de Simone, al estallar la Guerra Civil, de venir a España.

Antes de eso, se produjo otro hecho decisivo en su vida. En 1934 (presumiblemente después de su viaje a Barcelona) abandona su carrera docente y entra a trabajar en la fábrica Alsthom, para pasar después a la Renault como simple operaria, a fin de experimentar, en carne propia, las durísimas condiciones de trabajo imperantes en la época. La experiencia es demoledora. Su salud, de por sí delicada, ya no se recuperará nunca del todo y sus dolores de cabeza se volverán recurrentes. Ciertamente, no era nueva esa obsesión por situarse en el lugar de los más desfavorecidos en las condiciones más extremas (recuérdese la experiencia con los pescadores) pero, probablemente, Simone Weil la llevó cada vez más lejos. Un compañero de trabajo en la Renault diría más tarde: "No podía vivir. Era demasiado ilustrada y no comía nunca".

Ante su quebrantado estado, su familia acudió al rescate, como había sucedido y volvería a suceder en distintas ocasiones, y la llevaron a Portugal, donde tuvo la primera de sus experiencias místicas. En un pueblo de pescadores asistió a una procesión de mujeres y se sintió conmovida e identificada con sus cánticos. Fue su primera aproximación real al cristianismo, que identificaba como la religión de los esclavos, entre los que ella misma, después de su experiencia obrera, se contaba.

En 1936, ante el inicio de la Guerra Civil en España, siente la necesidad moral de tomar partido pero sin que ello suponga abandonar sus ideales pacifistas. Se cree moralmente obligada a participar. Posteriormente, en la carta a Bernanos, dirá que en París se sentía en la retaguardia de una guerra en la que deseaba fervientemente la victoria de unos y la derrota de otros, situación que la horrorizaba y que la impulsó a comprometerse con el bando republicano. El día 9 de agosto de 1936 entra en España con carné de periodista. El 10 está ya en Barcelona y sus primeros pasos la llevan a entrevistarse con Andreu Nin y Julián Gorkin, del POUM, contactos que fueron posibles, probablemente, por sus anteriores viajes a Barcelona y por sus relaciones con elementos trotskistas. En esa entrevista, Simone les propone nada menos que infiltrarse en la zona ocupada por los sublevados para rescatar a Joaquín Maurín, a quien la Guerra había sorprendido en Galicia y de quien en ese momento no se tenían noticias. Es de suponer el estupor que produjo en aquellos dirigentes del POUM la proposición de aquella joven de 25 años, algo miope, bastante torpe y que no hablaba prácticamente nada de español, a quien debieron considerar una alucinada. Por supuesto no le hicieron

caso y ni siquiera le ofrecieron integrarse en sus milicias. (En ese momento el POUM tenía su propia columna, la Rovira, después llamada Lenin, combatiendo en las proximidades de Huesca). Simone se las apañó para integrarse en un grupo de 22 combatientes internacionales, entre los que había 6 mujeres, ella incluida. Por medio de la CNT después se incorporó a la Columna Durruti, combatiendo en Pina, a las puertas de Zaragoza.



A Pina debieron llegar el 13 o el 14 de agosto. Al grupo de Simone Weil se les proporcionó uniformes y armamento. Una conocida fotografía la muestra con mono de trabajo, correajes y un fusil al hombro (en sus propias palabras, "un bonito mosquetón"). Simone Weil no estuvo mucho tiempo, pues un tonto accidente (metió el pie en una sartén con aceite hirviendo sobre un fuego en el suelo) obligó a trasladarla con importantes quemaduras a Sitges, donde se encontraba el hotel Terramar, reconvertido en hospital para los voluntarios internacionales. No sabemos la fecha exacta de la fatalidad. Alguna fuente (Niall Bins, autor de *La llamada de España*) la sitúa el 18 de agosto. Antoine Giménez, miembro del grupo de internacionales, sin dar una fecha clara señala que Simone Weil permaneció en

Sitges casi un mes, lo cual, teniendo en cuenta que salió del hospital el 25 de septiembre, sitúa el accidente entre el 25 y el 30 de agosto. En total estuvo en el frente entre 5 y 10 días. Finalmente, su familia una vez más acudió en su ayuda y en la fecha ya mencionada regresó con ellos a Francia, unos dicen que ya curada y otros que para terminar su convalecencia ante la desconfianza de la familia para con los médicos que aquí la atendían.

De toda esta experiencia, Simone Weil dejó constancia en un diario, lamentablemente muy incompleto, que se publicó después de su muerte. En dicho diario faltan páginas, otras aparecen fechadas pero en blanco y algunas reflexiones o apuntes aparecen en hojas sueltas. Da la sensación de que Simone Weil recopiló el diario respondiendo a la necesidad de reflejar por escrito sus experiencias y emociones del momento pero sin ningún método y sin intención de darle después ningún fin ni publicarlo. Con todo, es un documento muy valioso por la agudeza con que observa la situación, por las reflexiones que esta le provoca y por la visión que nos ofrece de su

personalidad y sus contradicciones, incluso de sus vacilaciones y conatos... ¿de pasión? Veamos.

De sus primeros días en Barcelona apenas hay referencias. Le sorprende que, estando en mitad de una revolución, apenas se aprecien diferencias en la ciudad. Muestra cierta preocupación por el posible abuso de la violencia: "Cuando se da a muchachos de diecisiete años fusiles cargados en medio de una población desarmada..."

Una vez en Pina, Simone Weil conversa con los campesinos y detecta su confusión y resquemores ante planteamientos revolucionarios, que desean pero no acaban de entender, su retraimiento a responder claramente ante la presencia de tanta gente armada: "...se hará lo que diga el comité...", el peso de la religión en las zonas rurales, los odios y rencillas de ambientes sociales muy cerrados... También asiste a mítines de Durruti, a reuniones tácticas para organizar operaciones militares donde detecta la falta de coordinación y las dificultades lógicas de una situación determinada por una revolución bastante espontánea. Participa en una pequeña expedición en el frente, en la que se asombra de la ligereza con que se toman las decisiones: "...ignoro la utilidad de aquello y sé que, si nos cogen, nos fusilan".

Y, a pesar de estar en uno de "esos períodos históricos que la han hecho soñar desde la infancia", vive en propia piel el desconcierto del soldado que se limita a cumplir órdenes sin saber el objeto de sus acciones, sin atreverse a discutir ("¡tú, a la cocina!", y Simone Weil reconoce que no se atreve a protestar), el miedo (que ella reconoce haber sentido en ese momento), la coacción sobre los campesinos, que no siempre simpatizan con los revolucionarios...

No relata ningún hecho sangriento, ni del combate ni de la represión o del trato a los prisioneros, pero sin duda es muy consciente de la violencia que se está viviendo en esos momentos: "guerra sin prisioneros, al que se le coge se le fusila. [...] Si me cogen me matarán [...] pero es merecido... Los nuestros han derramado mucha sangre. Soy moralmente cómplice".

Aquí vale la pena hacer un paréntesis para comentar una anécdota. En esa operación, al otro lado del río, esto es, en zona enemiga, ocupan la casa de una familia que después llevarán a Pina, aunque no como prisioneros. Con esa familia está "un chavalito de 17 años (¡guapo!)", que obviamente impresionó a Simone. No sabemos nada de cómo se relacionaron en el poco tiempo que Simone estuvo en Pina, pero en una carta posterior Simone hablaba de él con admiración: "bello como un Apolo griego".

No da más detalles. Debía de ser evidente cierta atracción mutua porque Antoine Giménez, en sus memorias, señala que cuando Simone fue trasladada a Sitges, después de su accidente, Manuel, que así se llamaba el chico, quedó muy triste y afectado, "mustio" ante la partida de quien tanto le había impresionado. No parece una cuestión

importante pero es una de las escasísimas, por no decir la única, situaciones en las que Simone parece sensible a las pasiones más humanas.

El relato en su diario de esta etapa en Pina acaba abruptamente, pues las siguientes anotaciones ya están fechadas el 5 de septiembre en Sitges. Debía de llevar ya un tiempo allí, pues relata el asesinato de nueve "fascistas" como represalia por la muerte de nueve voluntarios nativos de Sitges, en la fallida expedición para liberar Mallorca. Entre los represaliados se encuentra el joven panadero que abastecía al hospital. De manera un tanto confusa, relata represalias cruentas en Lleida y Pina. Se trata sin duda de historias recogidas en el hospital de boca de soldados internacionales ingresados y tal vez de visitantes, pues se mencionan lugares (Siétamo) y nombres de personas (Santillán) que Simone Weil no conoció. Entre los personajes que sí conoció, habla de un tal Roanna, de quien dice: "es él quien ha matado a B. (¡Buen trabajo!)". Sorprendente afirmación en quien manifiesta tantos escrúpulos morales ante las represalias y actos crueles. Al parecer, esta afirmación haría referencia al asesinato de Miquel Badia¹, personaje odiado por la inmensa mayoría de los sindicalistas catalanes, lo cual explicaría su expresión en el diario.

Asimismo, recoge relatos e informaciones un tanto confusas sobre la implantación del comunismo libertario ("no enseguida, cuando se pueda, en uno o dos meses") y las colectivizaciones en Vilafranca, cercana a Sitges ("no se ha suprimido la moneda... ni se han colectivizado los campos. Los campesinos no pagan la renta, eso es todo"), de los casos de las fábricas (Hispano-Suiza) donde se ha fusilado al director y a algunos obreros y donde las condiciones morales son malas, así como de la incapacidad de la revolución de explotar todos los recursos del país: "...minas de potasa. No trabajan pero se les paga".

El diario acaba también de forma abrupta. Ya no hay más anotaciones ni reflexiones respecto a las experiencias vividas o conocidas por boca de terceros. Sin duda debieron existir esas anotaciones que faltan, pues en los años siguientes, en su correspondencia (y no solo en la carta a Bernanos) hay referencias a hechos de la Guerra Civil que no figuran en los restos del diario que se conservan. Es una lástima esta carencia, pues tal vez lo que falta diera cuenta de experiencias, reflexiones o sentimientos adicionales de Simone. Nos preguntamos qué emociones descubrió en sí misma cuando, por ejemplo, empuñó por primera vez su "bonito mosquetón" y cuando lo disparó. Y sabemos que lo hizo, al menos en prácticas; tal vez contra un avión enemigo. Sabemos que sintió miedo, pero, ¿sintió odio? Por ejemplo cuando sufrían bombardeos en el frente. En una carta a Perrin manifiesta que le horrorizaban los crímenes, pero que no le sorprendían, pues había descubierto en sí misma la capacidad de cometerlos. Muy probablemente, dicho descubrimiento estuvo relacionado con su experiencia en la Guerra Civil española.

En cualquier caso, Weil siguió apoyando de manera pública al Frente Popular español, asistiendo a mítines y actos de solidaridad, ataviada con su "uniforme" de

miliciana y el gorrito de la CNT/FAI. Fiel a sus contradicciones, clamaba como pacifista por la neutralidad, pero atacaba fieramente a L. Blum, jefe de gobierno francés, por no prestar ayuda a la República: "Si Ud. no ayuda a España, ningún territorio francés merece que se derrame una sola gota de sangre en su defensa".

Sin embargo, este apoyo apasionado está inmerso en un proceso personal de desencanto y pérdida de esperanza en los ideales más nobles. En una nota, probablemente escrita en el mismo 1936, pero no conocida hasta después de su muerte, *Réflexions pour déplaire*, escribe:

Voy a sorprender, escandalizar, ya lo sé, a muchos buenos camaradas... La traición de Lenin –en vez de la prometida desaparición del Estado, la construcción de la máquina burocrática, militar y policial más pesada que jamás haya existido– se está repitiendo en Cataluña. Allí también vemos, ay, que se están produciendo formas de control y casos de inhumanidad, directamente contrarios al ideal libertario y humanitario de los anarquistas.

Desencanto y desesperanza, fruto de su experiencia en España, influirán en su deriva definitiva hacia el misticismo religioso, que marcará los últimos años de su vida. En 1937, en una visita a Asís, sufre su primera revelación. En una pequeña capilla del siglo XII, Sta. Maria dei Angeli, sintió por primera vez "la presencia real de Dios", una fuerza interior que la obligó a "caer de rodillas". Esta experiencia mística la llevará a considerarse a partir de entonces cristiana, aunque, por supuesto (siempre Simone), ajena a la Iglesia. Sorprende en esta parte de su historia que eligiera para visitar precisamente la Italia fascista, y que, además, lo consiguiera sin dificultades aparentes, siendo un personaje públicamente comprometido con la República en la Guerra Civil. Posteriormente, en la Semana Santa de 1938, en el monasterio francés de Solesmes, donde asistía a los oficios en mitad de uno de sus períodos de ataques de dolores de cabeza, sufre su segunda experiencia mística.

Debió de ser poco después de esta experiencia cuando escribió su famosa carta a George Bernanos. En abril/mayo de 1938 se publicó, por primera vez, *Les grands cimetières sous la lune*, en el que Bernanos, famoso escritor de orientación católica y muy conservadora –la misma Simone Weil declara que no le importa que sea discípulo de Eduard Drumont, periodista de estilo ofensivo y pensamiento ultranacionalista, católico y antisemita–, denuncia las matanzas que los fascistas llevaron a cabo en Mallorca, con los que en principio Bernanos estaba de acuerdo: su hijo Yves llegó a combatir junto a los falangistas y el mismo Bernanos tenía buena relación con el jefe de falange en Mallorca, responsable último de las matanzas, junto al "Conde Rossi", de nefanda memoria. El libro tuvo una rápida difusión y generó gran polémica. Entusiasmó a muchos, no solo sectores izquierdistas simpatizantes de la causa republicana española, sino también sectores católicos a los que planteó problemas de conciencia, pero escandalizó a otros, especialmente a sectores de la derecha católica que, sin negar lo narrado –Bernanos tenía gran prestigio como hombre recto,

incorruptible y adicto a la verdad—, consideraban que hay verdades que no deben decirse para salvaguardar el interés supremo de la causa de la Iglesia.

Sin duda, esta controversia debió animar a Simone a escribir su famosa carta. Dicha carta, es preciso recordarlo, no fue publicada hasta años después de su muerte. Levantó gran polvareda y provocó, de forma parecida a como le ocurrió a Bernanos, duras críticas de gente que se consideraba ideológicamente afín a Simone. También en este caso hubo gente que consideró que revelar determinadas verdades perjudicaba el interés general de una causa innegablemente justa. Pero no se pueden ignorar notables diferencias: en primer lugar, Bernanos hace pública su denuncia, se enfrenta a sus correligionarios, a los poderes de la Iglesia (se marchó de Mallorca, en buena medida, por la presión a la que empezaba a verse sometido por sus quejas —que hizo llegar al obispo de Mallorca—, por sentirse amenazado; incluso le robaron anotaciones para su libro del café donde se sentaba a escribir a diario), a buena parte de la opinión pública francesa, que no simpatizaba con la causa republicana española... En definitiva, asumió el riesgo de ser atacado, incomprendido e incluso repudiado por quienes antes le habían elogiado.

Por el contrario, la carta de Simone Weil a Georges Bernanos es un documento de correspondencia privada, no es una carta escrita con el objetivo de hacerla pública ni de darla a conocer a nadie más allá del mismo Bernanos. Algunos amigos y admiradores de Simone Weil criticarían después que se publicara, considerando que desmitificaba su imagen de compromiso social y político, aunque el texto es puro Simone Weil, con su implacable búsqueda de "la verdad", su agudeza a la hora de desmenuzar las contradicciones de los ideales e, incluso, con sus propias contradicciones. (Llegó a afirmar que en España descubrió la inutilidad de comprometerse con una causa y al mismo tiempo la imposibilidad de no hacerlo). Weil parece más preocupada por conseguir la complicidad de Bernanos ("Usted me es más cercano, sin comparación, que mis camaradas de las milicias de Aragón, esos camaradas a los que sin embargo yo amaba") que por denunciar o poner de manifiesto lo que ha visto. Bernanos no renuncia a sus ideas. Sigue considerando que la causa franquista, que él identifica en parte con la defensa del catolicismo, es la justa. Denuncia los métodos de esa defensa. Weil, por el contrario, parece incluso dudar de los ideales que ha defendido siempre:

Desde la infancia mis simpatías se han dirigido siempre hacia los grupos que se identifican con las capas despreciadas de la jerarquía social, hasta que he tomado conciencia de que tales grupos son de una naturaleza que hace extinguirse cualquier simpatía.

La frase es tremenda. No está denunciando "excesos", como hace Bernanos, o como ella misma denunciaba en sus no publicadas *Réflexions pour déplaire*. Está negando el pan y la sal a todos los grupos organizados de los que forman parte los despreciados, los desfavorecidos, los "esclavos", a los que ella misma pretendía

pertenecer. Simone era consciente de las dificultades, de las contradicciones, de los defectos que se encuentran en esos grupos. Veamos qué sigue diciendo:

El último que me había inspirado alguna confianza era la CNT española. ...Yo había visto en el movimiento anarquista la expresión natural de sus grandezas y sus defectos, de sus aspiraciones más legítimas y de las menos legítimas. La CNT, la FAI, eran una mezcla asombrosa donde se admitía a cualquiera y donde, en consecuencia, se podía encontrar inmoralidad, cinismo, fanatismo, crueldad, pero también amor, espíritu de fraternidad y, sobre todo, la reivindicación del honor tan hermosa entre los hombres humillados; me parecía que aquellos que iban allí animados por un ideal prevalecían sobre aquellos a los que impulsaba la violencia y el desorden.

Es con este conocimiento de la realidad con el que decide venir a España, que, aunque poco, señala que ya conocía, y por cuyo pueblo sentía amor, y decide "comprometerse". En su breve estancia comprueba los defectos y dificultades de un movimiento revolucionario:

... un abismo separaba a los hombres armados de la población desarmada, un abismo semejante al que separa a los pobres y a los ricos. Se sentía en la actitud siempre algo humilde, sumisa, temerosa de unos; en la soltura, la desenvoltura, la condescendencia de los otros...

Y cuando deja España, lo hace "a su pesar y con la intención de regresar", es decir, aún "comprometida" con su causa. Sabemos que siguió defendiendo públicamente la causa republicana, al menos durante un tiempo. Seguía el desarrollo de la Guerra, pues menciona a Bernanos el cruce del Ebro por las tropas de Yagüe, que se produjo en marzo de 1938. Estaba, pues, bien informada de los devenires de la Guerra española. Y sin embargo, no hay en la carta ninguna alusión a los sufrimientos de ese pueblo al que "era difícil no amar"; ninguna alusión a los bombardeos de Barcelona en ese mismo mes de marzo, que recoge toda la prensa mundial; nada que decir respecto al cese de la represión indiscriminada en la zona republicana a partir de finales de 1936, ni nada que decir respecto a la represión fascista que se sigue produciendo. Eso sí, muestra su decepción por que:

... no era ya, como me había parecido al principio, una guerra de campesinos hambrientos contra propietarios terratenientes y un clero cómplice de los propietarios, sino una guerra entre Rusia, Alemania e Italia.

Nos preguntamos dónde está ahora la empatía, la identificación con los que sufren. Al contrario que Bernanos respecto a su causa, Simone Weil ya no parece creer que la causa de esos campesinos, de ese pueblo, sea digna de defender, sin menoscabo de los horrores que dicha defensa haya producido.

Otra diferencia notable entre una y otro es que Bernanos habla de hechos que ha presenciado, de los que ha tenido constancia de primera mano. Ha visto los montones de cadáveres, los camiones llenos de campesinos que iban a ser fusilados, camino del cementerio, las torturas y humillaciones públicas llevadas a cabo por falangistas y fascistas. Sus reflexiones, sus críticas, están hechas en el momento, son contemporáneas a los hechos vividos. Recorre la isla en una motocicleta y después vierte por escrito todo lo que ha visto y lo que siente y piensa de ello. Simone Weil, ella misma lo dice, habla de cosas que le han sido referidas. No ha asistido a ningún acto de crueldad o de abuso. Los campesinos que ella conoce son tratados "...sin insolencias, sin injurias, sin brutalidad –al menos yo no vi nada de eso...".

Sí habla de un sacerdote al que estaban a punto de fusilar, pero que finalmente se salva, sin que explique cómo. El único hecho relatado del que tiene un conocimiento bastante directo es el asesinato del panadero (al parecer del carrer Parellades) que servía al hospital donde estaba ingresada durante su convalecencia en Sitges. Se trata de una represalia por la muerte de nueve jóvenes de Sitges, en la fallida operación de desembarco en Mallorca, dirigida por Bayo. A su regreso, los supervivientes asesinaron a nueve personas que consideraban fascistas. Fue un acto brutal que justificaría, por sí sólo, las críticas de Simone. A continuación aporta otra historia que, reconoce, supo después. Se trata de la muerte de un joven falangista de 17 años (Ángel Caro, aunque Simone siempre ignoró el nombre) a quien, según el relato de Simone, capturaron los anarquistas y a quien Durruti ofreció perdonar la vida si se unía a la CNT. Ante la negativa del joven, Durruti lo mandó fusilar. Simone parece más afectada por este caso que por el anterior: "la muerte de este joven héroe no ha dejado nunca de pesar sobre mi conciencia".

Resulta muy curioso. Simone parece más afectada por los relatos que por la realidad. Le afecta más la muerte narrada que la de alguien a quien conocía directamente, al menos de vista, máxime cuando ahora sabemos que el relato que le refirieron era en buena medida falso: ingrediente de las fabulaciones que se generan en las situaciones confusas y brutales de toda guerra civil. En realidad, Ángel Caro, como cuenta el ya citado Antoine Giménez, fue asesinado cuando llegaron a Pina milicianos huidos de Tauste, que habían caído en manos de los fascistas. Rabiosos, sacaron de la cárcel a todos los prisioneros capturados y los fusilaron, en brutal represalia que se asemeja mucho a la de Sitges. En definitiva, Simone parece querer emular a Bernanos:

...He conocido ese olor de guerra civil, de sangre y de terror que desprende su libro; lo había respirado. No he visto ni oído nada, debo decirlo, que alcance la ignominia de algunas historias que Ud. cuenta... Sin embargo, lo que oí bastaba...

A pesar de todo, Simone sigue haciendo gala de una lucidez aplastante a la hora de reflejar la verdad desnuda de la guerra:

...tuve el sentimiento de que, cuando las autoridades temporales y espirituales han puesto una categoría de seres humanos fuera de aquellos cuya vida tiene un precio, no hay nada más natural para el hombre que matar. Cuando se sabe que es posible matar sin arriesgarse a un castigo ni reprobación, se mata... Hay ahí una excitación, una ebriedad a la que es imposible resistirse sin una fuerza de ánimo que me parece excepcional, puesto que no la he encontrado en ninguna parte.

La carta tiene un tono general de desencanto, de renuncia a la esperanza en los ideales. En cualquier caso, el pensamiento de Simone parece cada vez más atraído hacia cuestiones ético-religiosas y no político-sociales.

Sus últimos años de vida se verán de nuevo marcados por la guerra. El estallido de la Segunda Guerra Mundial produce un descalabro en la ya precaria vida de Simone. La capitulación de Francia (que por cierto produjo en ella, afectada a su pesar de "patriotismo", un enorme enojo por la poca resistencia francesa a la invasión alemana) obligó a la familia a abandonar París y trasladarse a Marsella. Allí sufrirá discriminación por su origen judío, que le impedirá volver a dedicarse a la docencia. Curiosamente escribirá una carta reivindicando su cultura totalmente católica y francesa, negando su tradición hebrea. Por otra parte, parece abandonar el pacifismo militante y defiende la guerra contra Alemania. En mayo de 1942, por mediación de su hermano André, instalado ya en Estados Unidos, toda la familia se traslada a Nueva York. Simone Weil considera que dejar Francia es "una traición". (De nuevo, sus contradicciones: quien ha manifestado a Bernanos "estar curada de una vez por todas, de ese patriotismo ingenuo", se presenta ahora como "patriota beligerante").

En noviembre deja Estados Unidos para dirigirse a Londres, donde se une a la "Francia Libre" de De Gaulle. En una penúltima insensatez se presenta a De Gaulle, solicitando ser lanzada en paracaídas sobre Francia para organizar la resistencia. La respuesta de De Gaulle es contundente: "está loca". Es contratada para revisar y redactar textos y proyectos, función para la que sin duda estaba bien preparada y a la que se dedica con tesón. Sin embargo, no puede huir ya de sí misma ni sus decisiones. Enferma de tuberculosis, con su precaria salud mermada desde años atrás, se empeña en no comer más que la ración que ella supone que comería un soldado en el frente o un prisionero en un campo de concentración. Duerme en el suelo, a fin de (nuevamente) identificarse con los sufrientes. En abril de 1943 la encuentran inconsciente en su habitación en estado de extrema debilidad. Trasladada a un hospital y, más tarde, a un sanatorio, donde se empeña en mantener su frugal régimen alimenticio, fallece el 24 de agosto de 1943. El juez que levantó acta de defunción anotó el suicidio como causa de su muerte.

NOTAS

1. Ver más adelante en este mismo número el artículo "Simone Weil y los asesinos de los Badia".